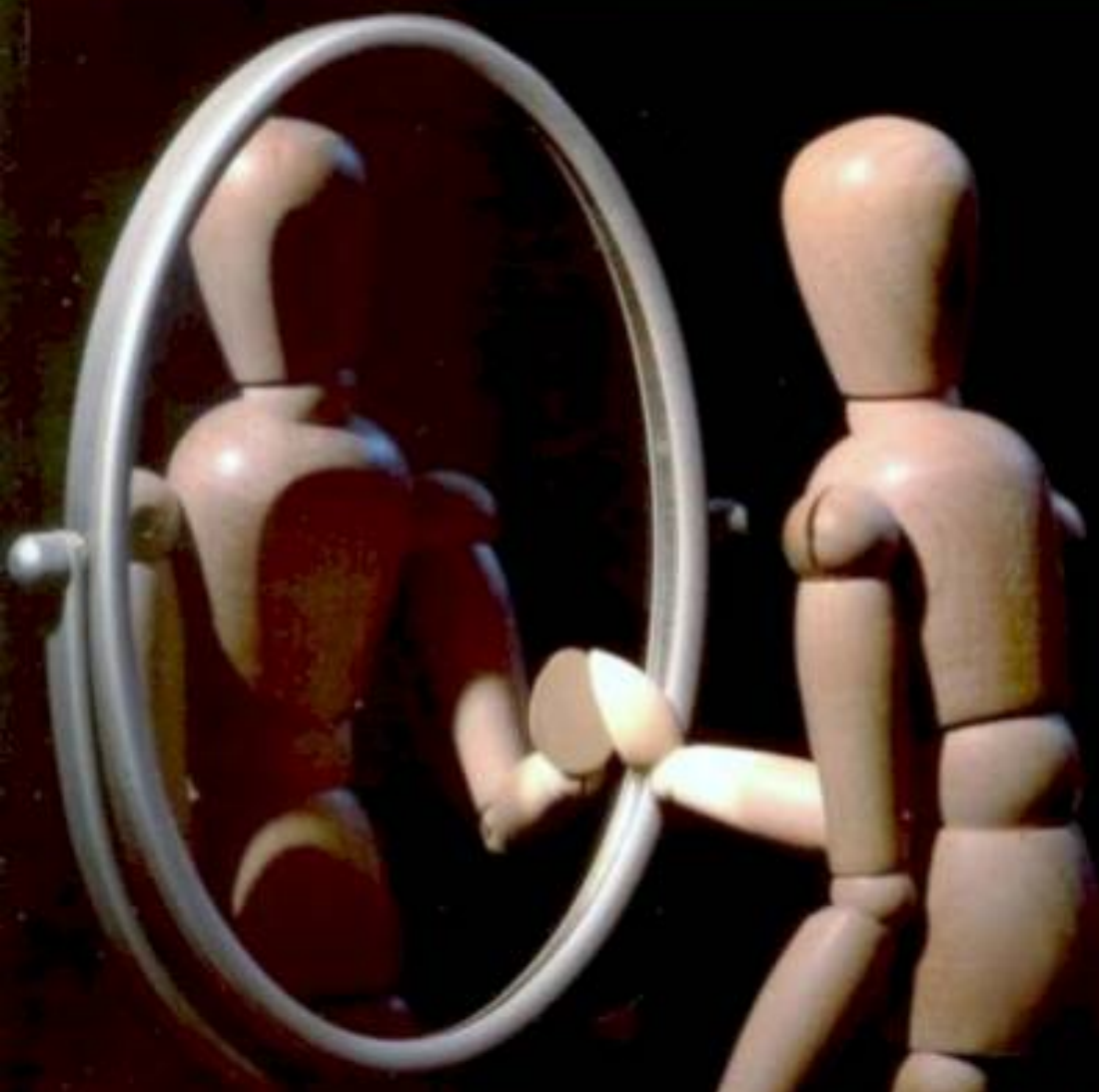


Andrés Ibáñez

Memorias de un hombre de madera

menos cuarto



Esteban, un ebanista que disfruta construyendo relojes de cuco, se deja llevar por la curiosidad y entra en contacto con el Club de Buscadores de la Montaña. El protagonista y narrador de *Memorias de un hombre de madera* iniciará así un recorrido apasionante tras el misterio de su verdadera identidad. Visión personal y actual del mito de Prometeo, escrita con una prosa ágil que rezuma escepticismo y humor, Andrés Ibáñez ofrece en este libro una historia de sorprendentes giros, que ahonda con interés en las eternas preguntas sobre el sentido del mundo y el hombre, según ha destacado el escritor y académico José María Merino.

Un jurado compuesto por Blanca Berasategui, Juan Pedro Aparicio, José Manuel Cabrales y Dámaso López García, y presidido por José María Merino, adjudicó a *Memorias de un hombre de madera*, la cuarta edición del **Premio Tristana de Novela Fantástica**, organizado por el Ayuntamiento de Santander.

[1]

HACE ALGUNOS AÑOS CONOCÍ A UN hombre singular. Se llamaba Sebastián Hirschner y era, según creo, argentino, aunque por su aspecto parecía más bien del altiplano, quizá boliviano o peruano. Su acento era de ningún lugar e imposible de rastrear: sus eses y zetas no eran españolas, pero tampoco mexicanas, ni cubanas, ni argentinas, ni chilenas. Le conocí de la manera más extraña posible: a través de un anuncio en un periódico. No me pregunten por qué razón estaba yo leyendo esa sección donde se anuncian los cursos y los talleres de yoga, de tai-chi o de aromaterapia, temas por los que jamás he sentido el menor interés, ni por qué me fijé precisamente en aquel anuncio que no era ni más grande ni más llamativo que los otros. Decía algo así como «Club de los Buscadores de la Montaña. Se abre un nuevo grupo. Interesados, llamar al siguiente teléfono...».

Mi primera idea fue que se trataba de un anuncio de un club de montañeros, pero los montañeros no buscan las montañas, sino que suben a ellas, y tampoco, por mucho respeto que les tengan, suelen escribir la palabra «montaña» con mayúscula. Por otra parte, el anuncio no estaba en la sección de deportes ni en la de excursiones ni viajes, sino en la de «Esoterismo», que era donde se amontonaban los cursos de tarot y de I Ching, los de Cábala y Kundalini Yoga, Renacimiento y Constelaciones Familiares, Ayurveda y Musicoterapia y demás zarandajas (me decía yo entonces) propias de nuestro tiempo ávido de milagros y fantasías. Es posible que mi único motivo para recorrer aquella sección del periódico fuera, simplemente, sentirme superior al con-

templar aquella galería de disparates. O a lo mejor fue *una fuerza* la que me empujó a hacerlo —claro que para hacer esta última afirmación habría que creer en las fuerzas, quiero decir en fuerzas distintas de las que conoce la física, tales como la de la gravedad, el magnetismo, etc.

Llamé al número de teléfono, y me contestó la voz de una mujer muy agradable, cuya dulce inflexión me hizo pensar al instante que sin duda su dueña sería adorable a la vista (no me equivocaba), y que me informó de que el nuevo grupo se iba a reunir el jueves siguiente, que el Maestro explicaría durante dos jueves consecutivos cuál era el propósito del grupo y que a partir de entonces el grupo quedaría cerrado, de modo que los que lo desearan podrían seguir asistiendo a las reuniones pero ya no podrían entrar nuevos miembros hasta el año siguiente. Sin embargo, yo tenía más preguntas. Le expliqué a la mujer que no sabía por qué me había sentido atraído por aquel pequeño anuncio, porque yo no tenía ni había tenido nunca intereses místicos ni esotéricos, y que tampoco sabía qué quería decir exactamente aquello de buscar una montaña. Le rogué que me disculpara si le estaba haciendo perder el tiempo, y le expliqué que por alguna razón aquello de los «Buscadores de la Montaña» me había intrigado sobremanera.

La mujer, que tenía el dulce nombre de Matilde, un nombre que siempre ha evocado para mí la imagen de una pequeña flor azul crecida en el reborde de un descampado y mojada de gotas de lluvia (porque tengo una tendencia, quién sabe por qué, a transformar ciertos nombres y algunas palabras en imágenes), me escuchó con enorme amabilidad y me dijo que no importaba que nunca hubiera tenido intereses místicos, que el grupo del Maestro no era precisamente místico, sino práctico, y que la curiosidad era un motivo tan bueno como cualquier otro para unirse a los que buscan la Montaña. Ahora, reflexionando sobre esta conversación, me doy cuenta de que fue quizá el suave encantamiento de su voz, de su nombre, de su amabilidad con un

perfecto extraño, lo que me hizo sentir más deseo de continuar aquella conversación y de participar en la reunión del jueves. Quizá en aquellos momentos lo que de verdad deseaba encontrar no era una montaña, sino una mujer. O quizá (esta es la versión que más les gustaría a los Buscadores) es que la voz de aquella mujer me estaba hablando en aquellos momentos desde las faldas de la montaña, y que la fascinación que yo sentía al oírla no era realmente la atracción completamente imaginaria de un varón célibe y demasiado solitario por la voz amable de una desconocida, sino el perfume distante, el rumor misterioso, el fulgor que baña apenas el horizonte, de la Montaña del Alma.

—La Montaña es solo una forma de decirlo, una imagen —me explicó la mujer llamada Matilde—. Lo importante es que, al leer esas palabras referidas a los «Buscadores de la Montaña», algo ha vibrado en ti. Y no importa lo que creas o no creas, no importa si eres religioso o agnóstico, nuestra búsqueda no es de ese tipo.

Le pregunté, por asegurarme, si no estarían relacionados de alguna manera con el alpinismo o con la geografía, es decir, con la ascensión a montañas reales o con la búsqueda cartográfica de montañas localizables en la realidad física. La mujer rio de buena gana y me dijo que no, que no exactamente, aunque el programa de trabajo del grupo sí incluía salidas al campo y trabajos en la naturaleza, y luego, quizá medio en serio medio en broma (no la conocía lo suficiente para saberlo), que la búsqueda de la Montaña en la que estaban implicados era algo muy real, y que no se trataba de nada simbólico. Le pregunté que cuánto costaba unirse al grupo o participar en las sesiones, y ella me dijo que nada en absoluto, que era todo totalmente gratuito o, como mucho, que me costaría el precio de un café. La razón era que las reuniones se iban a celebrar en un café en el que, como es lógico, los asistentes deberían realizar alguna consumición. Y luego añadió algo que me dejó la mar de perplejo:

—De todos modos, todavía no te has ganado el derecho a pagar.

Lo dijo con un tono tan amistoso y tan agradable que era imposible encontrar en aquella frase nada de inquietante, aunque lo que implicaban sus palabras estaba muy claro: que, en su opinión, un día daría tanto valor a aquello que me ofrecía el Club de Buscadores de la Montaña, que estaría más que deseoso de poder pagar para seguirlo disfrutando.

[2]

SUPONGO QUE NO HABRÁ INCONVENIENTE en que explique que la primera reunión de los Buscadores de la Montaña tuvo lugar en el café La Flecha, situado en la confluencia de las calles Juan Bravo y General Oraa, en pleno barrio de Salamanca, el barrio más burgués y elegante de Madrid. Se trataba de uno de esos grandes cafés madrileños de maderas oscuras y latones brillantes que tienen una rutilante pastelería en el centro y cuentan con una clientela fija de señoras recién salidas de la peluquería y jubilados enamorados del dulce. No es, ciertamente, la clase de lugar que uno asociaría con las altas aventuras del espíritu ni con lo misterioso ni lo romántico. Tengo que confesar mi desconcierto al llegar al lugar, caminando tranquilamente desde el metro de Núñez de Balboa por el bulevar de Juan Bravo, plácidamente arbolado de acacias. No conocía bien la zona, y al llegar a la esquina del café La Flecha y otear a través de los cristales aquella clientela de señores y señoras mayores (¡si hay alguien libre de prejuicios, que tire la primera piedra!), aquella colección de corbatas de pintas y de peinados de peluquería, aquel ambiente de tortitas con nata y torrijas espolvoreadas de canela, sentí que se me caía el mundo a los pies. ¿Sería aquello una gran broma?

Los Buscadores de la Montaña habían reservado una larga mesa situada justo en el ángulo de las calles Juan Bravo y General Oraa y lo cierto es que, una vez dentro, el lugar resultaba de lo más agradable. La Flecha es un local muy amplio, con bastante espacio entre unas mesas y otras, y disfruta de abundante luz natural gracias a sus generosas

cristaleras. Desde aquella mesa se podía contemplar con toda comodidad el cruce de ambas calles, el bulevar de Juan Bravo, el plafón de la esquina opuesta, donde hay un pequeño jardincito y una iglesia y, en fin, la tranquila, grisácea, amarillenta luz de la apacible tarde de invierno. Es verdad que soy una persona especialmente sensible a las condiciones del espacio, a las distribuciones de los elementos en estas queridas tres dimensiones en que todo se acomoda en este mundo nuestro, un devoto del «genio del lugar», un obseso de la relación entre la luz y las entradas y las salidas y los cruces y los pórticos y los atrios. Pero no creo que fuera solo la feliz localización espacial de aquella mesa, el tinte misterioso que la luz adquiría a una cierta hora de la tarde en una cierta esquina de un cierto café de un cierto cruce ciudadano, lo que me puso de tan buen humor nada más llegar allí. ¿Sería, ya entonces, la promesa de que la Montaña existe? ¿Sería la sensación de que aquella mesa alargada colocada en la esquina de una cafetería llena del rumor de conversaciones sobre yernos indeseables o nuevas guapísimas, fortunas que cambian de manos, bodas, herencias, cacerías, no estaba realmente allí, sino en una de las salas del Monasterio de la Nube Anaranjada, o en la galería del Monasterio de la Cascada, o en la pradera rodeada de rododendros de la Puerta de Fuego?

Apenas había cuatro o cinco personas sentadas a la mesa cuando llegué, lo cual no es de extrañar dada mi tendencia a llegar con diez minutos de antelación a todas partes. Una de ellas era la persona con la que yo había hablado por teléfono, Matilde, que era una mujer de cabellos rizados teñidos de rojo caoba, de unos treinta y siete o treinta y ocho años, vestida con un traje de pana color hueso, un pantalón y una chaqueta bajo la cual llevaba un top elástico de flores rosas abierto en un escote en V, un conjunto que le sentaba muy bien y le daba un aire enormemente juvenil. Me identifiqué como el curioso que había hablado con ella por teléfono tres o cuatro días atrás, y ella

me recibió como si fuera un viejo amigo, y me presentó a un hombre muy alto y delgado, cuyo rostro rojizo se parecía vagamente al de un elfo, Joaquín, y a otro hombre algo corpulento y con barba gris muy recortada, de nombre Julián, cuyas negras gafas de pasta le daban aspecto de intelectual. Los otros se presentaron a sí mismos: no recuerdo exactamente quién estaba allí en esos momentos, y es posible que algunos de los que vi no volvieran a aparecer en las siguientes sesiones. En seguida apareció el Maestro, que estaba en esos momentos lavándose las manos, y se sentó, a petición de Matilde y de los otros, en el centro de la mesa. Alguien mencionó dos formas de presidir una mesa: la francesa, que consiste en sentarse en la cabecera, y la inglesa, donde el más importante se sienta en el centro. Sé que estoy siendo excesivamente prolijo con estos preliminares. Lo cierto es que no sé contar las cosas de otra forma. Las abstracciones temporales y las síntesis brillantes no son lo mío.

Nadie me presentó al Maestro, como si no hiciera falta, y él mismo me ofreció su mano, me dijo su nombre, Sebastián, y me dio la bienvenida y las gracias, como si yo le hubiera hecho un gran favor al presentarme allí. Nunca olvidaré su sonrisa ni sus ojos grises. Era un hombre de cerca de sesenta años, de aspecto enormemente cultivado y refinado aunque sus ropas fueran corrientes o, incluso, algo viejas y gastadas. Todo en él era bondad, amabilidad y distancia, y uno en seguida se daba cuenta de que debajo de la dulzura de sus ojos grises o gris verdoso, anidaba algo mucho más profundo, misterioso y *real* que la simple amabilidad y ciertamente muy distinto de esa cualidad algo pasiva y anodina que solemos calificar como «bondad», algo que no sé cómo definir, pero que a mí me pareció algo así como la atención sagital de un pájaro, la visión de larga distancia de un águila o un cóndor que es capaz de contemplar los más nimios detalles que suceden en la superficie de la tierra suspendido desde una altura de nubes o de cimas

heladas. Había algo en aquellos ojos grises que parecía como el fulgir del oro en medio de las aguas grises de un arroyo, el brillo de una *inteligencia* de especial transparencia y rapidez, algo así como una conciencia de exaltada penetración que se escondiera detrás de la apariencia cansada y algo gris de un hombre que se acerca ya sin ilusiones a la vejez. Y entonces, si uno observaba por espacio de unos segundos aquellos ojos (y ciertamente, nunca solemos disponer de mucho más que unos segundos para contemplar los ojos de otra persona sin convertirnos en unos perfectos maleducados), uno se daba cuenta de que aquella amabilidad suya y aquella dulzura que era lo primero que uno sentía al conocerle escondía en realidad algo de casi temible intensidad, una atención (¡sí, esta es la palabra que llevaba un rato buscando!) acendrada, concentrada hasta el verdor del diamante y el azul helado del cuarzo.

Aparte de las breves palabras que cambiamos al saludarnos, él no volvió a dirigirse a mí en toda la sesión ni yo tuve ocasión de decirle ni preguntarle nada, rodeados de gente como estábamos, pero cada vez que ponía los ojos en mí (y la impresión que me producía sentir los rayos invisibles de aquella mirada todavía no me ha abandonado), yo sentía que él había penetrado de una vez por todas mi Secreto. Frente a él era inútil fingir. Creo que él supo al instante quién era yo.

Matilde me pidió que me sentara. Como había sido uno de los primeros en llegar, pude hacerlo justo enfrente del Maestro. El camarero se acercó, pedimos cafés, alguien (creo que Joaquín) pidió una palmera de chocolate, y el Maestro una Coca-Cola *light*, y poco a poco fue llegando la gente. En seguida se me hizo evidente que algunos de ellos se conocían ya, bien porque eran amigos o incluso parientes, bien porque llevaban tiempo (supuse yo en un principio) trabajando en aquel grupo. Otros eran amigos de amigos, y unos cuantos, quizá cuatro o cinco, habían llegado a la reunión atraídos como yo por el anuncio que el

Club de los Buscadores de la Montaña había puesto en dos periódicos madrileños, *El País* y el *ABC*. Recuerdo que estaban, además de los nombrados, dos jóvenes muy altas y con aspecto de modelos, Naila y Sulami, una muchacha llamada Paloma que trabajaba en el aeropuerto, una mujer llamada Rosa que vestía un traje de chaqueta muy elegante, otra llamada Ángeles, que tenía una extensión azul en el pelo, una pareja joven que se llamaban Pablo y Ana, una mujer muy morena y muy atractiva llamada Cristina, una mujer muy elegante y con una larga cabellera dorada que se llamaba Clara Luisa, un hombre muy moreno llamado Bonifacio, un grupo de jóvenes que parecían amigos, Paco y Jesús, Antonio e Ismael, una señora con el pelo corto y teñido de henna que se llamaba Josefina, y unos cuantos más que no volvieron a aparecer o que yo no recuerdo. La edad media de los asistentes era de unos cuarenta años.

El Maestro Sebastián, comenzó a hablar. Explicó, en términos muy vagos y hablando muy despacio y en un tono de voz muy bajo, que todos los hombres se pasan la vida poseídos por una gran nostalgia. Resultaba extraño estar hablando de aquellos temas en aquel café ruidoso y lleno de ancianas que cotilleaban sobre sus hijos y sus nueras y lo poco que le había tocado en herencia a la pobre de Marita, y con humo de cigarros e incluso de puros en el aire. El tono de voz del Maestro era tan tenue que yo estaba convencido de que los que estaban sentados a partir de la mitad de la mesa no podrían oír ni palabra de lo que decía. El Maestro explicó que el sentido de la vida humana es lograr convertirse en un hombre, y que nosotros (un nosotros que le incluía a él, por supuesto) no éramos todavía hombres verdaderos. Alguien dijo «y mujeres», y el Maestro sonrió como siempre solía hacerlo, y pidió disculpas y dijo que por supuesto, cuando hablaba de «hombres» se refería a todos, no solo a los caballeros presentes.

Habló largo rato, y cuanto más hablaba, más grande era mi decepción. Mi decepción y mi ansiedad, por cierto, por-

que aquellas cosas de las que estaba hablando eran las que más me preocupaban en aquellos momentos, y también las que más me preocupan ahora. «Ser real», decía el Maestro, «nosotros deseamos ser reales. Deseamos vivir de verdad nuestra vida, y no podemos hacerlo porque no somos reales. No estamos presentes en nuestra propia vida. ¿Os habéis parado a pensar lo que esto significa? Nuestra vida está pasando como una serie de acontecimientos que, simplemente, *sucedan*. Suceden las cosas a nuestro alrededor, nos suceden cosas, eso es todo. Tenemos la creencia de que tomamos decisiones y cambiamos cosas y tenemos una vida real, pero la verdad, la triste verdad, es que pasamos la mayor parte de nuestra vida dormidos. No estamos presentes en nuestra vida. Siempre estamos en otro lugar. Nunca estamos aquí. Nunca vivimos ahora. Nunca. En realidad, no somos personas, somos máquinas. Y somos tan libres y tan conscientes como lo podría ser una máquina».

Aquellas palabras me impresionaron mucho, y me impresionaban tanto más cuanto más aumentaba mi sorda desilusión. Porque aunque aquel hombre hubiera sabido poner el dedo en la llaga, y señalar con unas pocas frases sencillas el centro de mis propias obsesiones, lo cierto es que tenía todo el aspecto de un jubilado de esos que van a todas partes con una camisa azul de manga corta y unas zapatillas de casa para andar más cómodos. No es que fuera vestido de forma descuidada: era su aspecto general de persona aburrida y triste, de sesentón que se distrae contando anécdotas de sus años jóvenes y al que se le escucha por amabilidad. Ese brillo sagital de águila en vuelo que yo había creído ver en sus ojos al conocerle, me dije, debía de haber sido una fantasía creada por mí para dar más interés y más misterio a esta extraña *séance* de café.

[3]

ESA SEMANA NO TUVE MUCHO en el taller, y pude reflexionar sin prisa sobre todas las cosas que se habían dicho en la reunión del jueves anterior. Lo más extraño era que Sebastián, el Maestro, apenas había hecho referencia a la famosa Montaña que era, en teoría, lo que todos deberíamos estar buscando. Me obsesionaba y casi me enfurecía que hubiese dedicado tanto tiempo (y hablando siempre tan despacio, y en un tono de voz tan bajo) a hablar de temas generales, y que se hubiera extendido tanto sobre asuntos tan vagos y tan infinitos como la nostalgia de la plenitud, la sensación de que pasamos la vida dormidos o la idea de que el hombre es un proyecto evolutivo inacabado. Todo aquello me parecía cháchara místico-religiosa, y no descartaba la idea de que todo aquel montaje de los Buscadores de la Montaña no fuera otra cosa que la tapadera de alguna secta, y que dentro de poco no estuvieran pidiéndome que hiciera un fuerte desembolso económico o que me suscribiera a alguna publicación carísima o que comprara una capa mágica para hacerme invisible o unos cristales de cuarzo que me permitirían alinear mis cuatro energías internas (si es que son cuatro). Sin embargo, si se podía acusar de algo a los Buscadores de la Montaña era precisamente de lo contrario: de ser demasiado normales y corrientes, de carecer en absoluto de morbo y de misterio.

Mi único amigo en Madrid era Sabino, el dueño de la librería que había al otro lado de la calle, con quien solía desayunar y también tomarme algún que otro café a lo largo del día.

—¿Tú eres feliz? —le pregunté uno de aquellos días.

—Solo los imbéciles son felices —me dijo—. Los imbéciles, y los cabrones.

—Vaya, eso es muy descorazonador.

—Mira, Esteban —me dijo—. En este mundo hay tres clases de personas y solo tres clases: los imbéciles, los cabrones y los mierdas. Ninguna es mejor ni peor que las otras, aunque cada uno tiende a preferir una sobre las demás. Yo, como soy hombre de izquierda, prefiero a los imbéciles que a los cabrones y a los mierdas. Los de derechas saben que son unos cabrones, y les encanta. Y los mierdas se pasan la vida acojonados e intentando no meterse en problemas y acomodarse al viento que sopla. Y así va el mundo. Los imbéciles son los mejores, creo yo, porque a pesar de que son imbéciles, o quizá por esa razón, se pasan la vida intentando hacer cosas imposibles.

—Entonces supongo que yo soy imbécil también —dije yo, por seguirle la corriente.

—Es lo más probable —dijo él.

—De todos modos, si solo los cabrones y los imbéciles son felices, entonces son felices más o menos los dos tercios de la población. No está mal.

Sabino se rio, como siempre que yo le pillaba en un renuncio a causa de mi obsesión por comprender las cosas al pie de la letra. Estaba fumando uno de sus puros malolientes, como siempre. En su librería apenas se podía entrar por el intenso olor a puro que lo impregnaba todo. Yo en mi taller lleno de serrín y de virutas no le permitía fumar, como es natural, y por eso casi nunca se quedaba mucho tiempo por allí: asomaba su gran cabeza roja, adornada con gafas de mucho aumento, mostacho gris y puro encendido, y me invitaba a pasar un rato a la librería o a tomar algo en el café.

—Don Quijote es un imbécil —dijo, persiguiendo las ramificaciones de su teoría—. Sancho, un mierda. Y el resto